

LA CONSTRUCCIÓN Y DIFUSIÓN DE IMÁGENES DEL PASEO DEL PRADO DE MADRID EN LOS RELATOS DE VIAJES¹

Dolores BRANDIS GARCÍA

Departamento de Geografía Humana
Universidad Complutense de Madrid
dbrandis@ghis.ucm.es

La imagen de un lugar, para ser sometida a análisis, comparación e interpretación, requiere la descripción del sitio, entendiéndolo por ello la recreación de sus aspectos formales y contenidos, pero también de las impresiones, sentimientos y vivencias que puede provocar, transmitidos a través de la pintura, el grabado, la fotografía o los distintos géneros literarios. Pero no hay certeza de la imagen si no trasciende más allá de su autor, siendo los receptores al captarla y disfrutarla quienes la reconocerán como tal. Así pues, la descripción de los lugares a través de la literatura, caso que nos ocupa, y su difusión entre el público, son requisitos indispensables para que las imágenes adquieran la categoría de representaciones vivas y eficaces con capacidad de infiltrarse en el imaginario social y convertirse en elementos de caracterización, valoración y atracción por los lugares. En un intento de desvelar el proceso de construcción de la imagen del paseo del Prado de Madrid y su difusión entre el lector europeo, se recurre a los relatos de viaje de extranjeros que visitan la ciudad entre los siglos XVI y XVIII, pues al ser divulgadores de imágenes literarias de los lugares que recrean, constituyen una fuente fundamental para el propósito que se pretende.

1. LA CONSTRUCCIÓN DE IMÁGENES URBANAS EN LOS RELATOS DE VIAJEROS EXTRANJEROS

El seguimiento realizado a los relatos de viajes sobre España desvela que las experiencias de los viajeros no tardan en publicarse en sus países de origen, siendo común

1 Este texto se integra en el proyecto de investigación "Dinámicas recientes y estrategias de intervención en destinos patrimoniales". Ministerio de Educación y Ciencia. Plan Nacional de I+D+I (2004-2007). Referencia: SEJ2006-10898/GEOG. Director: M. A. Troitiño Vinuesa.

editarse al mismo tiempo, ya traducidos, en otras naciones del entorno. Es entonces cuando las percepciones de los viajeros sobre lo visto y sentido, concretadas en representaciones por medio del lenguaje, se transmiten a la sociedad europea, que las acepta como imágenes de los lugares hasta que más tarde otras, o la propia experiencia, ocupen su puesto.

La denominación “relato de viajes” permite englobar tanto a libros como otros textos siempre que la temática del viaje, la presencia de un personaje de viajero y la mediación de su mirada y subjetividad estén presentes. Estos requisitos marcan las fronteras que separan el relato de viajes de otros géneros puramente documentales como el reportaje, la guía turística o la monografía científica (CHAMPEAU, 2004). Ahora bien, los relatos de viaje sobre España no entran en un parámetro formal definido, pues la variedad de causas del desplazamiento origina una pluralidad de tipos de discursos y formas de expresión que engloban diversas modalidades, desde libros de viajes hasta itinerarios de peregrinos, cartas, relaciones, diarios o memorias de viajeros, eso sí, siempre que se trate de viajes reales y no ficticios.

Los relatos de viajes de todas las épocas vienen a mostrar que las ciudades han sido un referente esencial, pero no siempre los lugares visitados y referenciados por los viajeros derivan en imágenes urbanas. Esto ocurre cuando el autor adopta una modalidad de expresión esencialmente narrativa que utiliza el lugar como marco de sucesos, acciones y acontecimientos sobre otra esencialmente descriptiva donde predomina la representación de formas, objetos y personajes. Y del peso en el discurso de una u otra modalidad de estilo resultará la condición de las glosas del viajero sobre la ciudad.

En la calidad de las imágenes urbanas de los relatos de viajeros intervienen muchos factores. La personalidad y los intereses del autor, su imaginario sociocultural, las causas y motivación del viaje o las expectativas del lector al que dirige el escrito están detrás de la actitud que el viajero adopta en el lugar y, en consecuencia, del sentido y contenido del discurso. Pese a todo, en las descripciones urbanas se encuentran constantes que marcan las épocas. Así, en el relato medieval, donde la idea fundamental es el descubrimiento, la descripción de las ciudades se hace siempre conforme a un esquema compositivo fijo que repara, sobre todo, en su antigüedad, situación y fortificaciones, fecundidad de sus campos y agua, edificios y monumentos importantes y costumbres de sus habitantes (PÉREZ PRIEGO, 1984). En tiempos del Barroco, los relatos se difuminan hacia interpretaciones más amplias del espacio que rodea al viajero, pues la necesidad de aportar noticias le hace ser un observador riguroso, consciente de las responsabilidades adquiridas con la sociedad que ha dejado atrás, convirtiendo los relatos en auténticos manuales empíricos de la realidad observada (LÓPEZ VALERO, 1997); por ello, el viajero no dará descripciones encorsetadas de la ciudad, sino que los rasgos irán apareciendo conforme transcurre su estancia en ella, pues no se concibe la una sin el otro.

El propósito científico del viajero ilustrado del siglo XVIII convierte la ciudad en motivo y causa del relato, recayendo en ella el protagonismo del hilo argumental. El discurso se adapta a un modelo que obliga a incorporar un contenido informativo y exhaustivo sobre la lengua, clima, manufacturas, monumentos, bibliotecas, obras de arte, arquitectura, parroquias, hospitales, colegios, conventos, habitantes, costumbres, etc. Mediado el siglo la disposición del viajero cambia, y el desplazamiento se empieza a entender también como satisfacción personal y no sólo como experiencia que debiera reportar un beneficio a la sociedad por los conocimientos acumulados. El viajero comienza a elegir lo que observar, busca también la sorpresa, lo desacostumbrado, y no duda en aderezar las descripciones con su percepción y estado de ánimo.

Los relatos no pudieran aprovecharse de las posibilidades que brindaba la litografía, pues llegó tarde, en 1796, impidiendo intercalar en ellos imágenes visuales de los lugares, personajes y ambientes descritos, práctica acostumbrada por muchos de los autores románticos que les siguieron. Pero sí hubo pintores y grabadores, aunque ajenos al quehacer de los viajeros, que inmortalizaron con su arte los escenarios de la época. Estas obras, de ser difundidas a tiempo, servirían a la sociedad europea para completar las descripciones de los relatos o, de conocerlas con posterioridad, para apreciar lo idóneo de las imágenes vertidas en ellos.

En la búsqueda de las imágenes urbanas necesarias para el presente estudio se recurre a los repertorios bibliográficos de viajeros, especialmente el de Carlos GARCÍA ROMERAL (1999, 2000 y 2001), el más completo, pues revisa las últimas ediciones de los tres grandes catálogos anteriores, los de Raymond Foulché-Delbosc, Arturo Farinelli y José García Mercadal. Del total de viajeros registrados se seleccionan los extranjeros que visitan Madrid, localizados a través de su biografía o del itinerario del viaje que incorporan dichos catálogos. Las descripciones urbanas se rescatan de las obras de los viajeros, originales o traducidas, de los relatos incluidos en el inventario de García Mercadal y de las que incorporan los estudios sobre viajeros realizados por geógrafos, historiadores o filólogos, aceptando de ellas sólo las que reproducen el texto original del relato, pero no las versiones libres que las reemplazan. Estos últimos estudios han permitido, además, ampliar el elenco de viajeros más allá del registrado en los repertorios anteriores.

De la explotación de las fuentes citadas resultan ser 161 los viajeros que visitan Madrid entre los siglos XV al XVIII, y en los 56 relatos revisados sólo se han encontrado descripciones suficientemente expresivas del paseo del Prado en trece de ellos. Y es que no todos los viajeros muestran el mismo interés por la ciudad. Hay casos en los que el motivo de la visita está detrás de la escasa atención que le prestan, abundando en el discurso asuntos ajenos a la misma. En otras ocasiones, la brevedad de la estancia también lo dificulta, sobre todo cuando la ciudad es lugar de paso hacia otro destino prefijado. Y hay viajeros que, simplemente, mencionan los lugares visitados sin dedicarles atención suficiente para transmitir una imagen urbana (cuadro 1).

Cuadro 1. Viajeros extranjeros y relatos con descripciones del paseo del Prado.

Siglos	Viajeros en Madrid (A)	Relatos consultados (B) y % sobre A	Relatos con descripción del paseo y % sobre B
XV	2	1 (50%)	-
XVI	26	7 (27%)	2 (29%)
XVII	78	23 (29%)	3 (13%)
XVIII	55	25 (45%)	8 (32%)
Total	161	56 (35%)	13 (23%)

Fuentes: Repertorios bibliográficos de viajeros y estudios de viajes reseñadas en la bibliografía final.

La distribución de viajeros en el tiempo refleja el papel que juega España en los viajes. En los primeros siglos, y especialmente a partir de 1521 al fijarse la corte en Madrid, la mayor parte de los visitantes, franceses e italianos, se acercan a la ciudad en su condición de cargos de representación política en su más amplio sentido (embajadores, diplomáticos, militares, nobles, secretarios, acompañantes de séquito, etc.) por las particulares relaciones diplomáticas que se mantienen con estos países. La incorporación de España en el viaje ilustrado aumenta el número de visitantes, ahora con una alta presencia de ingleses, y se reconoce en el móvil de la visita el interés por conocer la ciudad, de ahí que humanistas y hombres de ciencia se añadan y cobren protagonismo en el elenco de viajeros.

Muchos relatos se publican con prontitud, constituyendo una pieza sin duda relevante a partir de la cual la sociedad europea concibe y fantasea España y, por qué no, planifica un futuro viaje. Desde estas obras se forja en gran medida la imagen del país en el exterior y no son pocos los viajeros que lo visitan con el propósito de acreditar o compartir las impresiones de sus antecesores. Reparar en la fecha de edición de los relatos y en su grado de difusión es fundamental para indagar en la construcción y evolución de las imágenes urbanas, pues ayudan a ajustar el momento a partir del cual las conoce el público y a calibrar el peso que en las descripciones de los viajeros pueden llegar a tener las imágenes vertidas por sus predecesores.

2. LA IMAGEN DEL PASEO DEL PRADO A TRAVÉS DE LOS RELATOS DE VIAJES

La imagen más temprana del prado madrileño que llega al público europeo procede del diario del viaje realizado en 1645 por Baltasar de Monconys y editado en Lyon en 1665. Pero este viajero no es el primero en dar cuenta de este paraje, otros a finales del siglo XVI ya lo reseñan, aunque sus impresiones no llegaron a formar parte del imaginario social de la época porque sus relatos se publicarían mucho tiempo después.

2.1. Las primeras descripciones que no llegan a los europeos del siglo XVII

En 1580 el holandés Enrique Cock llega a España, donde permanece al menos diez años ocupando el cargo de guarda del Cuerpo Real de Felipe II. Es autor del manuscrito *Mantua Carpetana heroica descripta*, escrito en verso y rescatado de la Biblioteca Nacional de París por Morel-Fatio y Rodríguez Villa, que lo publican en 1883 en Madrid. Dicen los editores que Cock aprovechaba cuantas ocasiones se le ofrecían para satisfacer sus aficiones estudiosas y se informaba de los lugares por donde quiera que pasara la comitiva real. Su descripción del Prado deja ver el carácter de lugar de paseo de gente principal a caballo, a lo largo de la vaguada de un pequeño arroyo:

“Arrogante y marcial, en ese Prado / al pasar a galope ver se deja / el militar en su caballo. / Los hijos y la flor de la nobleza / discurren por aquí en sus ejercicios / de equitación sobre la arena.” (ALVAR, 1990: 28).

Pocos años después, Camilo Borghese, enviado cinco meses en misión diplomática a Madrid en 1594 por el papa Clemente VIII, identifica el lugar con su nombre oficial y lo eleva a paseo afamado y acostumbrado por los madrileños: “las damas, el día de fiesta, van al prado de San Jerónimo que figura entre las cosas más célebres de Madrid” (GARCÍA MERCADAL, 1999, II: 626). El manuscrito, custodiado en la Biblioteca Nacional de París, lo reprodujo Morel-Fatio bajo el título de *Diario in relatione del viaggio*, incluyéndolo en una de sus obras. Por las mismas fechas, en 1599, visita la villa el alemán Diego Cuelvis, hombre de cultura y conocedor de otros muchos países europeos. Su relato del viaje, *Thesoro Chorographico de las Españas*, lo localiza P. Gayangos en el British Museum a mediados del siglo XIX y hace una copia moderna que termina depositada en la Biblioteca Nacional de Madrid. El historiador Antonio Domínguez Ortiz la localiza y publica en 1969 la parte referida a la villa. La descripción de Cuelvis es más generosa y permite reconocer el lugar con más detalles de su forma y de las escenas que allí se suceden:

“A mano izquierda hay una hermosísima alameda que hace dos calles muy anchas y muy largas durante el verano a las vísperas andan a pasar el tiempo con carrozas y caballos de todo el mundo, habiendo mucha música hasta media noche” (DOMÍNGUEZ ORTIZ, 1969: 143).

Con el objeto de indagar algo más en las descripciones tempranas del prado madrileño, decidimos explorar en fuentes españolas que hubieran podido aportar imágenes del lugar al público europeo. Aunque los resultados de la búsqueda, por imprecisos, no son concluyentes, se opta por dar aquí una breve referencia del *Libro de las grandezas y cosas memorables de España* del clérigo, cosmógrafo e historiador Pedro de Medina, editado en 1548 y 1549 en Sevilla y en 1566 y 1590 en Alcalá de Henares, conociendo la obra una amplia difusión por España. Investigaciones realizadas sobre el libro apuntan el hecho de que la descripción del Prado de Medina la reproduce A. Schottus en su *Hispaniae illustratae*, publicada en Frankfurt en 1608 (ALVAR, 1990), y que el mapa de España de la portada pudo ser utilizado de modelo del que Abraham Ortelio inserta en su *Theatrum orbis terrarum* fechado en 1570 (CUESTA, 1994), lo

que invita a pensar que algunos ejemplares del libro bien pudieran haber viajado a Amberes. De dar crédito a estas suposiciones, la descripción del prado de Medina sería la primera divulgada fuera de España y, desde luego, la más completa:

“Llaman a estas alamedas el prado de San Jerónimo, en donde de invierno al sur y de verano a gozar de la frescura, es cosa de muy de ver y de mucha recreación la multitud de gente que sale, de bizarrísimas damas, de bien dispuestos caballeros, y de muchos señores y señoras principales, en coches y carrozas. Aquí se goza de gran deleite y gusto de la frescura y viento en todas las tardes y noches del Estio y de muchas buenas musicas, sin daños ni perjuicios, ni deshonestidades ...” (LOPEZOSA, 2005: 37).

Retomando el hilo de los relatos de viajes, lo cierto es que los testimonios tardíamente difundidos privaron a la sociedad europea de una imagen del prado que estaba llena de sugerencias, que invitaba a imaginar y a descifrar. Así, el lector no supo del carácter natural que aportaban las alamedas, ni pudo imaginar el pequeño arroyo al pie de la arboleda. Los lectores más expertos podrían asociar el nombre de San Jerónimo con el monasterio levantado en 1502, y la afluencia de carrozas y caballos, testimonio de una sociedad vinculada al poder, con el gusto de emular los itinerarios reales, pues desde 1510 los monarcas utilizan la iglesia del monasterio de escenario para la celebración de las Cortes y la jura de príncipes y también acostumbran a visitar el convento de Atocha construido en 1523 al final del prado. Y quizá el lector hubiera relacionado las calles anchas y largas del paseo con la intervención de 1570 a cuento de la entrada de Ana de Austria, que regularizó los terrenos, abrió calles y las adornó con árboles y fuentes, convirtiendo al prado en el escenario de ceremoniosos actos organizados para solemnizar los recibimientos de los reyes y punto de partida de los cortejos reales que iniciaban su recorrido en el camino de Alcalá y, atravesando el prado, ingresaban en la villa a través de la carrera de San Jerónimo.

Interesa señalar que ni los viajeros europeos ni el sevillano Pedro de Medina emplean el término “paseo” para definir al prado, pues el vocablo no es de uso habitual en España hasta que lo recoge por primera vez el diccionario de Covarrubias de 1611. La ausencia del término retrata la ciudad española heredera de la medieval, generalmente amurallada y densa, sin sitios dedicados especialmente para el paseo salvo la calle Mayor, que destaca sobre todas por su anchura y permite la concurrencia. Y cuando precisa ampliar los lugares para el paseo utiliza las afueras de la ciudad, por el prado de San Jerónimo en Madrid, por “la alameda” de Hércules, antiguo brazo del río Guadalquivir, en Sevilla.

2.2. Las primeras imágenes difundidas en Europa

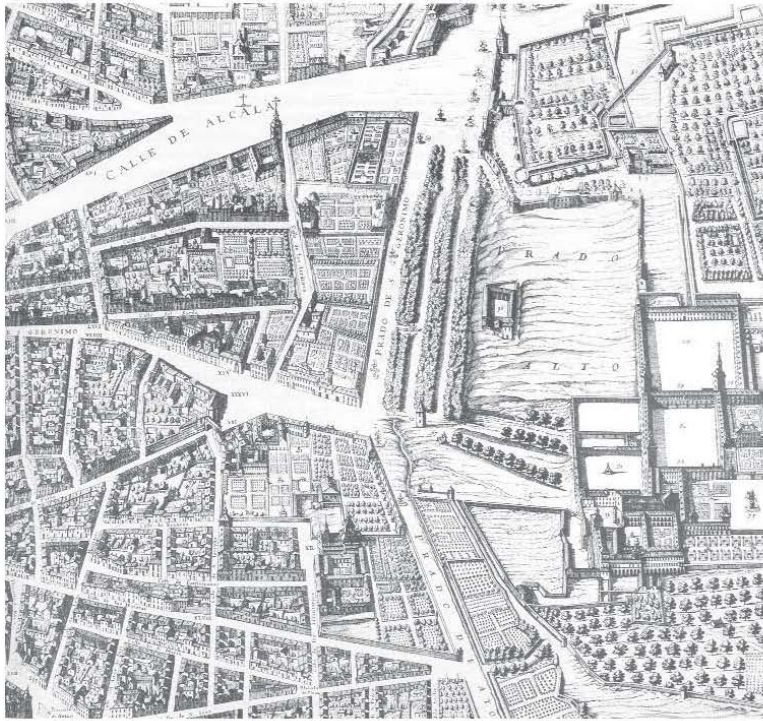
La descripción de Baltasar de Monconys es la primera imagen urbana del paseo que conocerá la sociedad europea a mediados del siglo XVII. Procede del diario del viaje realizado por el consejero del rey de Francia a la Corte en 1645, donde permanece cinco meses. Los tres volúmenes del *Journal del voyages* se publican en 1665 en Lyon y antes de que acabe el siglo en París y Leipzig, haciéndolo en Ámsterdam en 1705. El éxito del libro estimula reediciones tempranas en las dos ciudades francesas

y una última en París en 1887. La descripción incluye la mayor parte de los elementos que definían el paseo a finales del siglo XVI, pero añade ahora la presencia de la puerta de Alcalá levantada en 1599 con motivo de la llegada de Margarita de Austria que consolidó, aún más, esta entrada como la oficial de la villa e inicio del itinerario oficial para dirigirse a la residencia real. Éste, y en dirección sur, recorría el tramo del prado hasta confluir con la carrera de San Jerónimo, desde la cual, y ya en dirección oeste, llegaba a la puerta del Sol, seguía por la calle Mayor y terminaba en el Alcázar. El autor, pues, describe ya un paseo urbanizado, ornamentado y muy frecuentado por la clase alta madrileña:

“Por el lado de la Puerta de Alcalá está el paseo de los señores llamado El Prado. Está formado por dos grandes calles de unos sesenta y setenta pasos de largo. A un lado hay muchos árboles. Al otro, varias fuentes muy bellas con muchos asientos alrededor para descansar. En verano se riega este lugar para impedir que se levanten grandes polvaredas, pues pasan por allí muchas carrozas; desde las seis de la tarde hasta medianoche alcanzan la cifra de unas setecientas u ochocientas” (CHECA, 1992: 18).

Hay indicios para pensar que en Europa se pudieran conocer a mediados del XVII dos imágenes cartográficas del Madrid de la época. Uno es el plano de Marcelli, de escala 1:6.000, editado por De Wit en los Países Bajos. Molina Campuzano sugiere que por su formato, aun siendo relativamente grande (765 por 424 milímetros), podría haber acompañado a algunas publicaciones del establecimiento del cartógrafo holandés Willem Bleau, de donde De Wit adquirió las planchas en 1672. Del plano se hicieron numerosas copias reducidas, apareciendo la primera en *Hispaniae et Lusitaniae Itinerarium* de Martín Zeller, relato del viaje de un súbdito alemán, ilustrado con grabados y planos de varias ciudades, que se edita en Ámsterdam en 1635. En el plano original, fechado no antes de 1635, aparece perfectamente definido el Prado, tal y como lo reflejan los relatos de viajes del momento. Otro plano, el del cosmógrafo portugués Pedro Texeira, se edita en Amberes en 1656 y es la representación más importante del Madrid del siglo XVII. El plano ofrece detalles del Prado que ahora permite la escala 1:1.800. Identifica con su nombre los tres tramos: el septentrional de Agustinos Recoletos, el central de San Jerónimo y finalmente el prado de Atocha. Se reconocen el arroyo que circula a todo lo largo, las arboledas y las fuentes instaladas y el Buen Retiro. El plano original, de 2.850 por 1.800 milímetros, fue sometido a reducciones por editores de compilaciones. La de Ambrona, realizada en Ámsterdam, alcanzó una gran difusión y llegó a ser imitada por estampadores extranjeros, derivándose de ella muchos ejemplares posteriores. Así pues, estas imágenes visuales de Madrid en general y del Prado en particular, de caer en manos de los viajeros podrían haber formado parte del subconsciente de algunos antes de iniciar el viaje a España.

Figura 1. El paseo del Prado a mediados del siglo XVII.



Fuente: detalle del plano de Texeira (1656).

En 1659 llegan de Francia Antoine de Gramont y François Bertaut, acompañantes de la embajada para pedir la mano de la infanta María Teresa de Austria para Luis XIV. El relato del viaje del duque y mariscal francés Antoine de Gramont forma parte de las *Mémoires du mareschal de Gramont* publicadas en París en 1716 y un año después en Ámsterdam. Apenas describe el Prado, salvo cuando lo atraviesa el cortejo, y dedica más detalles al espectáculo que ofrecen las calles al paso de la comitiva:

“El mariscal entró por la puerta del Prado, que atravesó de un extremo a otro, y de allí pasó a la calle Mayor. Había por todas partes un número tan grande de carrozas, dispuestas, sin embargo, con tal orden, que no suspendían su carrera, y una cantidad de gente tan prodigiosa, que las calles que son muy anchas, y los balcones, que llegan en todas las casas hasta el cuarto piso, no la podían contener” (GARCÍA MERCADAL, 1999, III: 371).

François Bertaut, consejero del parlamento de Roan que viene en el mismo viaje, publica en 1669 en París su *Journal du voyage d'Espagne*, del que se hacen dos ediciones ese mismo año. La descripción del Prado es más generosa que la de su compañero y da sobrada cuenta de las características del paseo. Incluye el Buen Retiro, terminado en 1637 como quinta de recreo suburbana y alternativa a la oficialidad del Alcázar, convirtiendo al Prado en antesala del nuevo recinto palaciego. Se percata

también de la importancia de las calles que desembocan en el paseo, las de Alcalá y la carrera de San Jerónimo, por las que se accede al interior de la villa:

“Del lado de Levante está el Buen Retiro, del que ya he hablado, no habiendo entre los dos más que el paseo viejo que llaman el Prado, que quiere decir pradera, aunque no creo que haya nunca habido allí hierba. Reina todo a lo largo de la villa, y a él van a parar todas las calles grandes. Es un poco más ancho que el de París, pero no hay más que una docena de árboles viejos aquí y allá, y lo que hay allí de hermoso son cuatro o cinco fuentes abundantes (...) Todas las diversiones de Madrid son el paseo y la comedia. En cuanto al paseo hay dos, el Prado nuevo y el Prado viejo (...) El que separa el Buen Retiro de la ciudad está compuesto por tres avenidas de olmos, plantados en muy pequeño número y de trecho en trecho, que se extiende a todo lo largo de la villa, en el espacio del cual hay siete u ocho fuentes con surtidores, que son muy corrientes en este país, y sin las cuales no podría pasearse por allí, a causa del polvo que es allí insoportable en el verano hasta en las calles” (GARCÍA MERCADAL, 1999, III: 409 y 477).

Antes de que acabe el siglo aparecen en la escena madrileña viajeros no movidos por su condición de cargos de representación política, sino con otras formaciones y actitudes. El más temprano es el francés Antoine de Brunel, que realiza el viaje por Europa en 1655 como preceptor de los hijos de Cornelio van Aarssen. El diario del viaje de este caballero protestante experto en teología, titulado *Voyage d'Espagne*, se publica en 1665 en París, un año después en La Haya y en Colonia, al año siguiente en Franckfurt y en 1670 en Londres. Los comentarios del autor sobre el Prado no son pródigos en descripciones formales, pues se centran especialmente en los usuarios del paseo, y quizá su condición religiosa le hace reparar fundamentalmente en ciertas actitudes de las mujeres que le escandalizan:

“A un lado de la villa está el Prado, que es una gran avenida adonde van a pasear, y cerca del cual hay un gran edificio, pero bastante bajo, que es una casa del rey llamada el Buen Retiro (...) No hay ciudad en el mundo donde se vean más mujeres a todas las horas del día. Las calles están llenas de ellas, lo mismo que los paseos. Van con velos negros y los repliegues sobre el rostro, no dejando al descubierto más que un ojo. Hablan a la gente con descaro, y se las encuentra tan impúdicas como disolutas (...) Cuando van al Prado, de ordinario llevan las cortinas de las carrozas corridas, y cuando va un hombre con ellas, no les hablan: de no ir así, les dicen todo lo que quieren” (GARCÍA MERCADAL, 1999, III: 262 y 269).

Polémico es *Le voyageur d'Europe* del francés A. Jouvin, publicado en ocho volúmenes en París en 1676 y dedicado el segundo a España. Algunos investigadores consideran ficticio este viaje, sugiriéndolo García Mercadal por el aspecto de guía que ofrece el texto. La obra pretende servir de ayuda a todos aquellos que piensen viajar a España, de ahí que incorpore un pequeño manual de conversación en francés y en español y la equivalencia de las monedas de ambos países. Sin embargo, García Romeral no parece dar crédito al comentario y mantiene como fecha del viaje la de 1672. Otra investigadora, LÓPEZ-CORDÓN (1998), opina que se trata de uno de esos libros de viaje elaborados empleando los consabidos métodos de consulta, acotación y copia de obras ya publicadas.

Optamos por darle entrada aquí aunque la descripción del Prado pueda resultar conocida, pero el hecho de incorporar nuevos detalles desatendidos hasta el momento induce a pensar que la observación directa está detrás, tal y como se deduce de otras muchas descripciones de la ciudad. Así, Jouvin enriquece la imagen al añadir la presencia de dos conventos localizados en los extremos del paseo. Se trata del de agustinos recoletos, establecido desde 1595 al norte del prado de San Jerónimo, en lo que será su prolongación por el prado de Recoletos, y al sur el de los dominicos de Atocha, levantado en 1523 sobre el camino de Vallecas, extensión natural hacia el este de la calle de Atocha. Además, reconoce las grandes quintas de recreo de la nobleza, localizadas a lo largo del eje a raíz de la construcción del palacio del Buen Retiro:

“el prado de San Jerónimo, que es un paseo de varias avenidas sembradas de grandes árboles, que comienza en la puerta del convento de los cordeleros descalzos, estando distinguido con varios estanques y surtidores que forman un pequeño arroyo, que corre al pie de los árboles de esas avenidas, regándolos y haciendo a ese lugar siempre agradable y lleno de verdor, donde por la noche es de muy buen ver el paseo de una cantidad de carrozas de personas de calidad que allí acuden a tomar el fresco. Se ven todo alrededor de esa pradera varios grandes jardines y hermosas casas de campo (...) Se va a lo largo de esta pradera para subir al palacio del rey llamado el Retiro (...). El convento de San Jerónimo está al lado de este palacio; hay allí una hermosa avenida de árboles, por donde se baja para ir al paseo, el hermoso Paseo del Prado de San Jerónimo, que acaba en la puerta de Atocha, donde está a mano derecha, el convento de Nuestra Señora de Atocha” (GARCÍA MERCADAL, 1999, III: 597).

Por las mismas fechas viene a España Mme d'Aulnoy con ocasión de matrimonio de Carlos II con María Teresa de Orleans. Su *Relation du voyage d'Espagne* recoge las cartas que escribió durante su estancia en 1679 y es uno de los libros de viajes más difundido y traducido a las principales lenguas europeas. El libro se publica en 1691 en París, donde se reedita en tres ocasiones más, la última en 1699, y también lo hace en Lyon en 1693. Fuera de Francia se conocen seis ediciones en La Haya, la primera en 1691 y la última en 1715, al año siguiente lo hace en Ámsterdam, y en 1774 en Londres. A la hora de dar cuenta del Prado, la autora centra su interés en el ambiente mundano con que se encuentra, las costumbres de la gente y vestimenta, prescindiendo del marco en que todo acontece:

“Hay muchas damas de las que no son de las de primera calidad, que van a esos paseos con las cortinillas completamente corridas (...) Y por la noche van también allí grandes damas de incógnito. Se dan también el gusto de ir al Prado a pie cuando es de noche. Se ponen blancas mantillas sobre su cabeza y unas especies de capas de tela de lana que las cubren. Las bordan de seda negra. Tan sólo las mujeres del pueblo y las que buscan aventuras las llevan; pero algunas veces, como os digo, hay damas de la Corte que van de ese modo. Por su parte los caballeros echan pie a tierra y les dicen frases galantes, pero a bien atacado, bien defendido (...). En cuanto a los hombres cuando es de noche se pasean a pie por el Prado. Abordan las carrozas donde van damas apoyándose sobre la portezuela, y arrojan sobre ellas flores y aguas perfumadas. Cuando se les permite, entran en las carrozas de ellas” (GARCÍA MERCADAL, 1962: 1034).

Resulta al menos extraño que ningún viajero de finales del siglo XVI reparase en la instalación en 1661 de la fábrica de la moneda, convertida cuatro años más tarde en la alhóndiga, produciéndose a partir de ese momento el transvase de la actividad comercial del grano desde el interior de la ciudad hasta la confluencia del camino de Alcalá con el Prado, frente a los jardines del Buen Retiro. Quizá el horario habitualmente frecuentado por los viajeros, festivos y entrada la tarde, les privase del espectáculo del trasiego matutino de comerciantes y trajineros por el Prado del que queda constancia en algunos grabados de la época.

En definitiva, los distintos intereses que traen a Madrid a los viajeros del siglo XVII y la forma de plasmar sus impresiones explican la falta de pretensión por dar una visión sistemática de la ciudad y, en concreto, del Prado, pues éste no es su objetivo. Los viajeros se acercan al paseo y describen lo que les sale al paso –recuérdese la importancia que muchos dan al polvo levantado por los caballos y carrozas– y lo hacen con el grado de veracidad que mueve el interés por transmitir a interlocutores concretos sus vivencias cuando escriben cartas, diarios, memorias o relaciones del viaje. La publicación de los relatos vendrá después, y en el caso de los viajeros consultados sucederá pasados los diez años e, incluso, algunos siglos. Evidentemente se dieron excepciones, pero pocas.

Figura 2.

Vista del paseo del Prado y de la carrera de San Jerónimo con un cortejo.



Fuente: Jan Van Kessel, hacia 1679.

2.3. Los libros de viaje del siglo XVIII y su rápida difusión por Europa

El público europeo contemporáneo a los viajes que se desarrollan en este siglo tiene la oportunidad de conocer casi en tiempo real los lugares descritos por los viajeros, tal es la rapidez con que se publican sus libros, dirigidos muchos al público lector. Caracteriza a los visitantes sus largas estancias en España, generalmente un año, pudiendo detenerse más tiempo en los lugares e, incluso, aprender la lengua del país. Serán los viajeros de la segunda mitad del siglo, los de la transición hacia el

Romantismo, quienes aportarán las imágenes más completas, y no sólo por incorporar las características formales del Prado, obligadas por el afán recopilatorio propio del espíritu ilustrado, sino por incluir numerosos detalles del ambiente social que significan al lugar y que tanto gustarán a los viajeros románticos del XIX.

William Dalrymple, comandante inglés destinado a la guarnición de Gibraltar, viaja por España y Portugal en 1774 aprovechando los permisos que le permite el cargo. Su diario, publicado en forma de cartas, se recoge en *Travels through Spain and Portugal in 1774*, y se edita pronto, en 1777, en Dublín y Londres, un año después en Leipzig, en París en 1783, al año siguiente en Berlín y tres más tarde en Bruselas. El autor, consciente de que su libro llegará al público, no duda en expresar: "me dirijo al juicio indulgente de los lectores para decidir hasta qué punto he tenido éxito en mi empresa". Distingue al autor la parquedad de las descripciones que hace de distintos lugares de la ciudad, y no podía ser de otra manera la que dedica al Prado:

"El Prado, paseo público al este de la villa, es la principal distracción en las noches de verano. Allí se reúne por la tarde un gentío infinito, tanto a pie como en carroza" (GARCÍA MERCADAL, 1999, V: 183).

Con el relato de Jean François Peyron los lectores europeos no tendrán una imagen muy positiva del Prado, pero sí bastante certera. El autor se muestra más elocuente que su antecesor, pues, además de ser secretario en 1777 de la embajada belga en Madrid, también es escritor y traductor, de ahí su interés por la cultura española, especialmente su literatura. Su *Nouveau voyage en Espagne* se publica en 1780 en Ginebra, al año siguiente en Leipzig, uno más tarde en París, y conoce en Londres dos ediciones, en 1783 y 1789. En su descripción del Prado la novedad más importante es reparar en las mejoras urbanas llevadas a cabo en 1767:

"Madrid no tiene en su interior más que un solo paseo, que es el Prado, tan famoso en casi todas las novelas españolas, por las aventuras de amor (...). Ese Prado era hace algunos años una explanada bastante vasta pero irregular y montuosa, donde la buena sociedad iba a tomar el aire. Las órdenes y el buen gusto del señor conde de Aranda la han hecho adornar, alisar y plantar varias avenidas de árboles que, sin embargo, encuentran muchas dificultades para prosperar, a pesar de todo el cuidado que en ello ponen. A él debe también la villa de Madrid la limpieza y la seguridad de que goza. Las mujeres van regularmente a hacerse ver en carroza, a pasear su indolencia sobre ese Prado; y no concibo tampoco cuál es el placer que pueden encontrar en ese paseo monótono, que se hace a través de una espesa nube de polvo. El Prado es, sin embargo regado todos los días, durante el verano, pero el calor del clima y el número de coches, pronto han disipado esa humedad ficticia" (GARCÍA MERCADAL, 1999, V: 346).

Los distintos viajes y prolongadas permanencias del diplomático francés Jean François de Bourgoing en España desde 1777 le permiten estudiar suficientemente el país, su lengua y costumbres. Sus libros *Nouveau voyage en Espagne* y *Tableau de l'Espagne moderne* tuvieron una amplia difusión en varios países. El primero conoce dos ediciones parisinas, en 1788 y 1789. Del segundo se hacen tres tiradas también en París, 1797, 1803 y 1807, dos en Londres, 1789 y 1808, y una en Dublín en 1790. Además se publica en Alemania en tres ocasiones, 1790, 1801 y 1808. El autor, como

buen observador, enriquece las descripciones anteriores al recoger los nuevos elementos que adornan el paseo, caso de La Cibeles, que se instala en 1782, la nueva puerta de Alcalá y el jardín Botánico, ambos terminados en 1778. El pródigo fragmento que sigue pertenece a *Un paseo por España durante la Revolución Francesa* que, es de suponer, recoge las impresiones vertidas en sus otros libros:

“El palacio del Retiro está junto a un paseo famoso de antiguo en las novelas y comedias españolas: el Prado. Este sitio, en sí, no tenía mérito, y lo que le daba importancia eran las escenas a que daba lugar. La proximidad del palacio, la oscuridad, la misma desigualdad del terreno, todo favorecía las intrigas, a la vez que acrecentaba los peligros. Carlos III lo allanó y puso farolas y árboles en sus avenidas; ha ordenado que lo rieguen y lo adornen con estatuas y fuentes, algunas de las cuales, como la de Cibeles por ejemplo, son de bastante buen estilo. Con todo eso lo ha convertido en paseo espléndido que se puede frecuentar con agrado y seguridad en cualquier tiempo. Algunas de las mejores calles de la villa desembocan en este paseo, entre ellas la de Alcalá, una de las más anchas de Europa, que lo cruza para terminar a lo largo de los jardines del Retiro, en la puerta de Alcalá que, a pesar de su poca airosa traza, no deja de tener un aspecto monumental (...). Acuden todos los ciudadanos al Prado, a pie o en coche, para reunirse y respirar un aire refrescado por los surtidores de las fuentes y perfumado por el aroma de las flores. La concurrencia es a veces inconcebible, y he visto allí desfilar con el mayor orden cuatrocientas o quinientas carrozas entre una muchedumbre de paseantes, lo cual acredita una extraordinaria opulencia y una población animada, en la que sería de desear mejor gusto en la mayor parte de los carruajes y más diversidad para el recreo de la vista (...) Una de las cosas que más contribuyen a embellecer el Prado es el Jardín Botánico” (GARCÍA MERCADAL, 1999, V: 480-481).

Uno de los viajes más largos de los realizados en el siglo XVIII es el del inglés Joseph Townsend, que recorre el país en 1786. Hombre polifacético como pocos, pues es médico, religioso y aficionado a la geología y, además, buen escritor. Su *A Journey thouring Spain in the years 1786 and 1787* se publica en Londres y Leipzig en 1791, editándose de nuevo en su país natal sólo un año después y más tarde en 1814. Entretanto, también aparece en 1809 la traducción francesa en París. Su descripción del Prado está cargada de subjetividad y denota claramente la transición del género hacia el Romanticismo, de ahí que escudriñe la conducta y los comportamientos de los protagonistas de la escena urbana, a los que él mismo se incorpora:

“Dirigí por la tarde mis paseos hacia el Prado, que está muy frecuentado en esta estación del año: mis objetos de investigaciones habían sido tan numerosos y tan variados, que no había podido hallar un instante para gozar de las frescuras de esas umbrías; pero entonces, que había acabado todas mis ocupaciones, me pasé por allí muchísimo tiempo, mientras el día me lo permitió. El número de coches era considerable, y las avenidas llenas de gente; todo estaba en movimiento, cuando de pronto, a eso de las ocho de la noche, al son de una campana, me vi sorprendidísimo al ver cesar todo movimiento, detenerse todos los coches, cada uno quitarse el sombrero, y todos los labios parecer pronunciar una oración (...) Cuando la oración hubo terminado, los coches reanudaron su movimiento lentamente, algún tiempo después salieron rápidamente, y la multitud se dispersó y dejó a un cierto número de mujeres jóvenes, seguidas de jóvenes a caballo, que entonces ya parecieron sentirse más a gusto, aunque de todos modos sin salirse de los límites de la decencia” (GARCÍA MERCADAL, 1999, VI: 64-65).

El último viajero del siglo que recorre España es el profesor de literatura alemán Christian August Fischer, que lo hace en 1797. Las cartas escritas durante su periplo se recogen en *Reise von Amsterdam ubre Madrid und Cadiz nach Genua in den Jahren 1797 und 1798*, publicado inmediatamente en Berlín, París y Londres. Su versión del Prado es la más completa de todas las vertidas hasta el momento, pues reúne lo mejor del quehacer del espíritu ilustrado y del sentir de los viajeros románticos. No tiene reparos en mencionar que conoce el libro de Ponz y la descripción de la provincia de Madrid de Tomás López y que utiliza un plano de la ciudad, que compra en un quiosco, y un folleto de “*Madrid a la vista*” con los datos de última hora. Inicia su descripción del Prado superando a las mejores de los viajeros del XVIII. Disecciona el paseo y detalla cada una de sus partes, añade información antes obviada, como las casas de los Maceda y de Medinaceli, y los conventos de San Antonio y de Santa Clara, unas y otros levantados a principios del XVII:

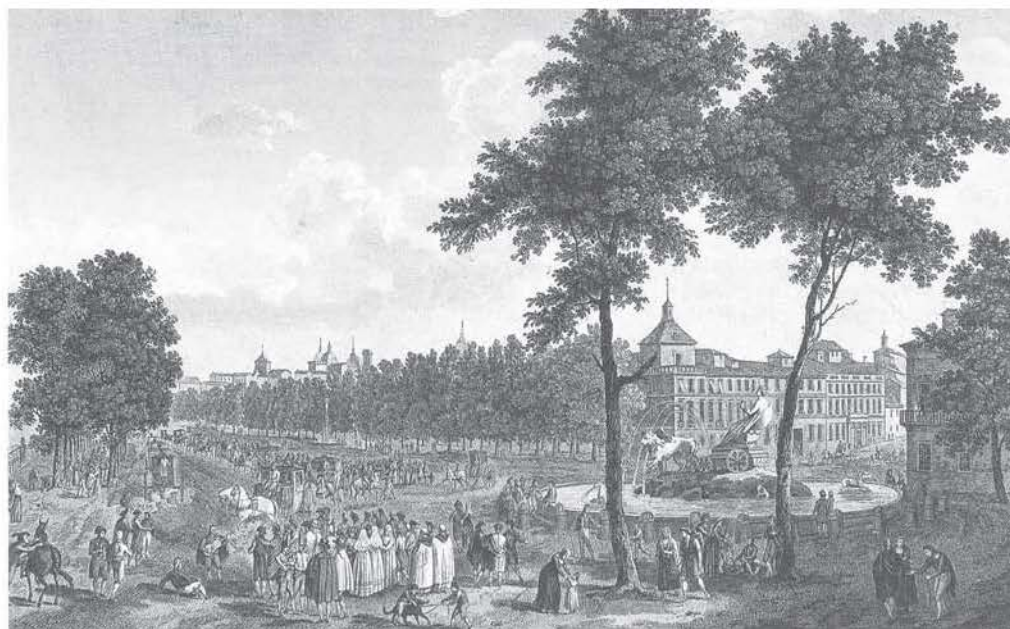
“Conozcamos ahora los paseos de Madrid. Empezamos por el más famoso, es decir, el Prado, que atraviesa la ciudad casi a su final en sentido longitudinal desde la Puerta de Recoletos hasta la de Atocha (...) El comienzo, entre la Puerta de Recoletos y la calle de Alcalá, que suele ser poco visitado, es estrecho y tiene al lado de la calzada sólo una alameda, pero al final hay una preciosa fuente. La segunda parte, desde la calle de Alcalá hasta la de San Jerónimo, tiene en su centro un ancho paseo, al lado del cual pasa la calzada. Además tiene dos bonitas alamedas laterales con bancos y una fuente antigua. La tercera parte, desde la calle de San Jerónimo hasta la del Jardín Botánico, es más estrecha, con sólo dos paseos laterales a lo largo de la calzada y una fuente en cada extremo. En la cuarta parte, desde la calle del Jardín Botánico hasta la de Atocha, hay una zanja y al final, también hay una fuente. Además de la calzada principal que atraviesa todo el Prado, hay otro camino a lo largo del lado derecho, y en ambos lados hay casas y jardines. La primera vista al Prado desde la calle de Alcalá es realmente impresionante. La anchura de la calle, los palacios, los bonitos monasterios con sus terrazas, la vista de la majestuosa puerta a la cual lleva una alameda, las cuatro filas de grandes y umbrosos árboles, las excelentes fuentes de mármol: en resumen, todo da una impresión de perfección. Lo mismo pasa al entrar desde la calle de San Jerónimo, donde un palacio, un precioso hospital y dos bonitos monasterios forman las dos esquinas y, al fondo, la entrada al real Palacio de El Buen Retiro. La tercera entrada, desde la calle del Jardín Botánico, es más estrecha y no tiene nada especial. La cuarta, desde la calle de Atocha, es muy animada y hay una larga alameda hasta el monasterio de Santo Tomás” (FISCHER, 2007: 205-206).

En otra carta hace un retrato, que dilata sobremanera, del ambiente mundano del paseo, en la mejor línea de los cuadros de costumbres que caracterizarán a los viajeros románticos:

“Acaban de dar las cuatro, la siesta ha terminado, se riegan los paseos del Prado, aparecen los naranjeros y los pasteleros; los alquiladores de sillas están arreglando sus filas; los paseantes se dispersan en las alamedas; los carruajes pasan hacia fuera, pero pronto se van multiplicando también en el Prado; los dragones que deben guardar el orden acuden a sus puestos, las filas de coches empiezan a formarse y se alargan sin cesar (...) Esta imagen, gracias a su novedad, es muy entretenida (...) Igual de interesante es la imagen de los pasajeros mismos. Se les puede ver muy bien, porque las partes laterales de la mayoría de los coches están quitadas o son de cristal. Ha desaparecido el velo y la

basquiña, es decir todo el traje típico español. Las damas rivalizan en copiar las modas y convertirse en griegas, lo que les permite desnudarse, cosa que se les puede perdonar a causa del clima. ¡Qué temperamento! ¡Qué arte! ¡Cómo compiten por atraer la vista, por saludarse, por observarse, por hacerse señas! Chicas jóvenes con sus dueñas y algunas bellezas con sus cortejos; viejas duquesas con sus confesores y nodrizas con sus crios; priores muy gordos y oficiales muy delgados; duquesas viejas que parecen momias y alegres niños: ¡qué difícil resulta dar una imagen que continuamente está cambiando! (...) Desde el Jardín Botánico hasta el otro extremo del Prado todos los bancos están ocupados de espectadores, al igual que las sillas del paseo principal, que desborda de paseantes. También los paseos laterales y el césped de arriba, al final del paseo, están llenos de gente (...)" (FISCHER, 2007: 206 y 207-208).

Figura 3. Vista del Paseo del Prado.



Fuente: Liger, principios del siglo XIX.

4. CONCLUSIONES

Tras lo apuntado se puede llegar a obtener algunas conclusiones, eso sí, unas más fundamentadas que otras. En primer lugar, queda demostrado que las descripciones del paseo del Prado recogidas en los relatos de viajes fueron las primeras imágenes difundidas entre la sociedad lectora europea, y que con ellas se empezó a construir la imagen del lugar. Y también se ha hecho evidente la suficiencia de las descripciones del Prado para dar fe de su evolución, tal es el grado de evidencia de los testimonios. En segundo lugar, estas imágenes contribuyeron a dar identidad al paseo, identidad que sigue perdurando en su valoración como referente cultural de la ciudad y que se

vende todavía hoy a efectos turísticos. En tercer y último lugar, la conclusión más controvertida y a todas luces osada, sería la de atribuir, sin más, a las descripciones vertidas por los viajeros un poder tal de influencia en el imaginario del público lector de la época, escaso por otra parte, que motivara el viaje a los lugares descritos. Para esto habrá que esperar un siglo, cuando se tendrá constancia de que los viajeros de entonces, los románticos, se nutrieron de estos materiales y, en ocasiones, impulsaron su desplazamiento.

BIBLIOGRAFÍA

- ALVAR EZQUERRA, A. (1990): *La villa de Madrid vista por los extranjeros en la Alta Edad Moderna*, Madrid, Artes Gráficas Municipales.
- CHAMPEAU, G. (2004): "El relatos de viajes, un género fronterizo", en CAMPEAU, G.: *Relatos de viajes contemporáneos por España y Portugal*, Madrid, Verbum, pp. 15-31.
- CHECA CREMADES, J. L. (1992): *Madrid en la prosa de viaje I (siglos XV, XVI y XVII)*, Madrid, Comunidad de Madrid.
- CUESTA DOMINGO, M. P. (1994): Introducción al *Libro de grandezas y cosas memorables de España* de Pedro de Medina, Madrid, Singular.
- DOMÍNGUEZ ORTIZ, A. (1969): "La descripción de Madrid de Diego Cuelbis", *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, t. IV, pp. 135-144.
- FISCHER, Ch. A. (2007): *Viaje de Ámsterdam a Génova pasando por Madrid y Cádiz*, Alicante, Universidad de Alicante.
- GARCÍA MERCADAL, J. (1952): *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, Madrid, Aguilar.
- GARCÍA MERCADAL, J. (1999): *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, Salamanca, Junta de Castilla y León, vols. III, V y VI.
- GARCÍA ROMERAL, C. (2000): *Bio-bibliografía de viajeros por España y Portugal (Siglo XVIII)*, Madrid, Ollero & Ramos.
- GARCÍA ROMERAL, C. (2001): *Bio-bibliografía de viajeros por España y Portugal (Siglos XV-XVI-XVII)*, Madrid, Ollero & Ramos.
- LÓPEZ CORDÓN, M. V. (1998): "Historia, sociedad y carácter: la evolución de la imagen de Cataluña en los libros de viajes entre el siglo XVII y el XVIII", *Pedralbes. Revista d'Història Moderna*, nº 18-I, pp. 333-346.
- LÓPEZ VARELO, M. M. (1997): "Discurso historiográfico y narrativa barroca en los libros de viajes del siglo XVII", *Revista de Filología Románica*, nº 14, pp. 225-236.

- LOPEZOSA APARICIO, C. (2005): *El Paseo del Prado de Madrid. Arquitectura y desarrollo urbano en los siglos XVII y XVIII*, Madrid, Fundación de Apoyo a la Historia del Arte Hispánico.
- MOLINA CAMPUZANO, M. (1960): *Planos de Madrid de los siglos XVII y XVIII*, Madrid, Instituto de Estudios de Administración Local.
- PÉREZ PRIEGO, M. A. (1984): "Estudio literario de los libros de viajes medievales", *Revista de Filología*, nº 1, pp. 217-240.